

al último suplicio y semejantes al ganado reunido en una carnicería; las antorchas fúnebres que iluminan los rostros trasmudados por el deseo de la venganza ó por el temor á la muerte; y una pobre mujer, nacida en ilustre cuna y acompañada de un hijuelo inocente, á los piés de terrible demagogo, á quien la victoria prestaba toda la crueldad de los tiranos, é incapaz por lo mismo de tener un sentimiento de compasion siquiera, en aquel odio universal, cuyos furores hacian de aquella noche un verdadero infierno. Solamente la voz de la Condesa gritaba «¡perdon, perdon!» entre tantos horrores. Y Santiaguillo, rechinando los dientes con furor, poniendo los ojos en blanco cual si la hora de su último trance estuviera cerca; agarrando las manos de la Condesa convulsivamente; le recordaba el dia en que su novia, la preferida de su corazon, la depositaria de su dicha, el iris de todas sus esperanzas, la que habia escogido para perpetuar su nombre y su sangre en el mundo, por haber arrancado algunas miserables fresas en apartada selva, era violada por los caballeros feudales y por sus cortesanos, y luego recluida en calabozo señorial, donde la devoraron viva los ratones. La Condesa continuaba fuera de sí, arrastrándose á los piés de aquel hombre; y aquel hombre, verdadera encarnacion de la terrible venganza de una raza oprimida, se reía á carcajadas de su víctima, y la hollaba, como si fuera una alfombra suya, la hollaba furioso con sus plantas. Y exacerbados todos sus compañeros por la terrible ira de Santiaguillo, cada cual decia su palabra de agravio, y expresaba su sentimiento de venganza. Unos decian que los caballeros del Conde habian pasado á caballo por sus siembras, y como sus hijos quisieran oponerse les azotaron cual si fuesen perros; otros recordaban que sus hermanos pasaron largos años en los calabozos tan solo por haber olvidado saludar al Conde; estos hablaban de sus corveas; aquellos de la desaparicion eterna de sus padres, cuyos huesos mismos se habia tragado la tierra, tan solo porque los infelices persiguieron alguna liebre hasta los campos señoriales; y todos, á una, pedian venganza inmediata y amenazaban con pronta é irremediable muerte. A medida que los dicterios de aquellos siervos aumentaban, aumentaba tambien el clamor de la Condesa. Su propio marido, soberbio como buen caballero feudal, superior por la impasibilidad de su ánimo á los agravios y á las ofensas serviles, capaz y muy capaz de sufrir la muerte antes que la humillacion, apiadóse de su

propia esposa, y ofreció por el rescate de su vida toda la inmensidad de su fortuna. Pero la respuesta á esta proposicion demostró la terrible suerte de todos los vencidos; porque, dirigiéndose un siervo hácia la Condesa, lanzóle un cuchillo de caza, el cual se clavó en el brazo de su hijo, que la inundó de sangre. Al sentir la infeliz aquel jugo de su propia vida en el rostro cubierto de lágrimas, agitóse, cual si un rayo atravesara todos sus nervios, y rodando por el suelo como fuera de sí, pidió con voces que, ó le devolvieran su esposo ó por compasion y por caridad la mataran. El triste olvido de todos los sentimientos humanos se extremó de tal modo, que, á la vista de aquella mujer desesperada, de aquel inocente herido, de aquel esposo lacerado, de aquellos prisioneros próximos á la última hora, objetos todos dignos de la mayor misericordia, el músico mayor del Conde, saliéndose del grupo de los siervos y encarándose con su señor, díjole que pensaba tocar su aire favorito, el que tantas veces le acompañó en las fiestas y en los placeres, para que le acompañase en los estertores y en los estremecimientos de su postrer agonía. El Conde, al ver la implacable crueldad de sus enemigos, se lanzó á los piés del confesor, para decirle sus culpas mayores y demandarle su absolucion postrera; la Condesa, tendida en el suelo por la postracion de sus fuerzas, abrazaba y besaba á su hijo, como si quisiera estancarle con sus besos y con sus abrazos la sangre, y volvía los ojos exhaustos ya de lágrimas á contemplar á su marido; los nobles amenazados bajaban la cabeza como para recoger sus ideas antes del próximo suplicio; y, entre tantos horrores, el músico templaba su instrumento, y preludiaba el aire grato al Conde, diciéndole entre las carcajadas de sus compañeros, que iba á recrearle en su última danza. La inhumanidad llegó tan léjos que, como la Condesa estuviera exánime en el suelo, alzáronla dos siervos, y la sostuvieron en brazos, obligándola y constriéndola á contemplar el suplicio de su marido. Al rodar este por tierra, y rodar atravesado de veinte lanzazos, el corazon de la infeliz mujer se rompió con tal estrépito, y los gemidos de su pecho se exhalaban con tanto dolor, que lágrimas cuasi de súbito arrepentimiento asomaron á los ojos del mismo cruel Santiaguillo, cuya alma estaba tan empedernida y acallada por sus sentimientos de venganza. Y sin embargo, la terrible bruja, que acompañaba la horda del posadero, semejante á las brujas compañeras de Atila, salió del círculo

de los siervos, corrió á donde estaba el cadáver del Conde aun caliente, sacó el cuchillo que le servia para su cocina mágica, y abriendo las entrañas del caballero, extrájole las mantecas y untó con ellas sus zapatos y los zapatos de todos los verdugos. Y entre tanto, los compañeros del Conde morian sacrificados á lanzazos entre los clamores de los siervos, que les recordaban á una en siniestro coro de furias los agravios inferidos á su condicion tristísima por los crímenes del feudalismo. La barbarie servil se recrudeció tanto con la satisfaccion de su venganza, que lanzaba los yertos cadáveres al aire, y cuando caian y se estrellaban en el suelo, volvía de nuevo á lanzarlos con un placer carnicero que no hubieran sentido los tigres de las selvas, los leones de los desiertos, las hienas de los sepulcros. Despues de esto, arrancaron á la Condesa sus alhajas y sus vestimentas de noble; la vistieron con los harapos del mendigo; é insultándola con todos los dicitos imaginables, sin respeto alguno á su dolor, llamaron á un carretero, y entregándosela, dijéronle: «Ya que vino aquí en carroza de oro, llévate la en carro de basura.» La Condesa consagró su herido hijuelo á la vida eclesiástica; y se encerró ella misma en las paredes de un claustro.

La noticia de todos estos horrores heló de espanto la sangre en las venas de Alemania é impulsó un movimiento de reaccion, bastante á matar hasta lo mas justo que hubiera en el avasallador movimiento de los exaltados campesinos. Florian, el noble decidido por la causa del pueblo, propuso que se aboliera el feudalismo y se perdonaran las personas de las familias feudales, inocentes de una herencia de crímenes y de privilegios transmitida por la fatalidad á su cuna mas bien que aceptada por su albedrío y por su conciencia. Así añadía que no se recibiera en el ejército campesino á la nobleza media, la cual, detestando los privilegios de la alta nobleza, no renunciaba de ninguna suerte á los propios privilegios. La reaccion producida por los crímenes de Santiaguillo hizo que se desconocieran los nobles propósitos de Florian, y se aceptara el concurso de la nobleza media sin la condicion preliminar de una renuncia indispensable á sus injustas preeminencias. Como resultado de todo esto, sucedieron dos casos igualmente graves en la guerra de los campesinos; á saber, la renuncia del noble Florian y el nombramiento del traidor Goetz, renuncia y nombramiento desfavorables por igual á la causa del pueblo. Pero

la victoria continuaba dando alas á los populares y disminuyendo el valor y la pericia de los nobles, que corrian á bandadas en pos del éxito, ciegos adoradores de la victoria. Y en verdad que para contener esta cruzada de los campesinos á todas las clases, tuvo generales como Florian y Goetz, de aristocrática sangre, y legionarios como los Condes de Hohenlohe y de Lœwenstein, los cuales se vistieron de campesinos y tomaron las insignias de la vida campestre. Y cuenta que, á pesar del terror trágico inspirado por las terribles hordas de Santiaguillo, no faltaban escenas cómicas representadas por otras hordas serviles. Los campesinos de Hall decidieron lanzarse al campo, y como decirse suele en la lengua vulgar nuestra, jamás las habian visto mas gordas. Para dirigir una carreta, para empuñar un arado, para tender las mieses por el suelo, valian lo que pesaban; mas para la guerra y los combates, bien puede decirse que no los habia en sus inescrutables designios formado la Providencia. Y oian contar montes y morenas de sus camaradas en el trabajo, apartados todos de las yuntas, hartos de vino y de placeres, repletos de despojos y botines. Precisábales, pues, salir como ellos, pelear como ellos, tener como ellos victorias y blancas que contar. Reuniéronse al calor de este sentimiento, concertáronse, y sin saber ni á dónde ni á qué iban, diéronse á correr, seguros de que su buena estrella habria de depararles mil aventuras, en que lucir los recursos de sus molleras y llenar las concavidades de sus estómagos. Recabaron las armas que habia en la region y en los alrededores, mas como no pudieran esgrimirlas á su grado por inexpertos, ni siquiera manejarlas y sostenerlas, echáronlas en carros, los cuales formaban larga cola tras aquellas partidas de gentes bonachonas, trocadas para su eterna vergüenza en ejércitos de sainete. Despues de todo, tenian las mejores intenciones del mundo y no dañaban á nadie. En cuanto se entraban por cualquier poblacion, cogian al burgomaestre y al cura, mas para preguntarles dónde tenian la bodega y apiporrarse de lo lindo. Dulces como los corderos de sus ganados, no abrieron mas vientre que el vientre de los toneles, ni derramaron mas sangre que la sangre de las cepas. Una noche, tranquila y serena como sus almas, durmieron al raso en mullida alfombra de verdes prados; y cuando el alba despuntaba por las ventanas del dia, como pudiera decir un libro caballeresco, suena terrible cañonazo. A tal ruido bien extraño por cierto para las pacíficas orejas de aquella

gente dada al reposo, todos se levantan, se restregan los párpados, y se miran con esa beatitud propia del campesino, cuando cualquier accidente interrumpe la monotonía y la uniformidad de su vida. Suena al poco espacio del primero un segundo cañonazo, y mas de quinientos de aquellos valerosos rebeldes caen tendidos sobre el duro suelo. Suena un tercer cañonazo, y caen otros quinientos mas. Suena un cuarto, y huye el resto de la aquilesca banda. En esto, álzanse en el sitio, de donde los truenos y los rayos partian, sonoras carcajadas de gusto y cadencias armoniosas de música. A tal pacífico ruido, los muertos resucitan, y se llevan las manos á todas las partes de su cuerpo, intactas y florecientes, sin mas mella que algun temblorcillo causado por el miedo. Los cañones y los cañoneros habian sido hechuras del buen humor de los ciudadanos de Hall, que dados de suyo á la gresca y al jolgorio, habian querido procurarse un gracioso entremés con el terror de los campesinos amenazados por pólvora sola y perseguidos con salvas, capaces de aterrar, menos que á ellos, á los gorriones y á las liebres. Pero la ridiculidad de su salida y de su miedo ha quedado en la memoria de los siglos; y un historiador aleman, al contar este episodio, propone que se someta como problema importante á cualquier academia oficial quiénes en aquella ocasion se asustaron mas, si los cañoneros ó los cañoneados.

Los excesos de Weinsberg tuvieron mayores consecuencias naturalmente que las ridiculeces de Hall. Dos partidos se formaron en el seno de la grande asociacion jornalera: el partido de los exaltados y el partido de los moderados. Este contaba con un general aristócrata, Goetz; y aquel con otro general aristócrata, Florian. Por desgracia predominó el segundo sobre el primero; y este predominio explica en gran parte, además de sus excesos, la rota de los campesinos. Las pasiones, sin embargo, continuaban desarrollándose con extraordinaria intensidad, y teniendo extraordinario ímpetu. Una de las mas extrañas formas, que estas pasiones tomaron, aparece en la célebre y espantosa bruja, compañera de Santiaguillo y de sus crueles venganzas. Aquellas Euménides de los tiempos clásicos, aquellas cabezas cuyos cabellos eran venenosas serpientes, aquellas Hécatas envueltas en mantos formados con alas de murciélagos, no pueden compararse ciertamente, aunque obras de la fantasía y actores de las leyendas y las fábulas, con esta personificacion terrible de las

venganzas feudales. Hija de una gitana que la abandonó en sus primeros años, cabrera de profesion, una injuria inferida por las últimas clases feudales á su persona y una persecucion á su ganado, inspiráronle esa terrible cólera, de que le hemos visto dar muestras, untando sus abarcas en el sebo de los nobles. La siniestra mujer se habia entregado á los mágicos embrujamientos para encontrar en ellos una fuerza sobrenatural que sirviese y ayudase á sus sobrenaturales rencores. Así, inscribióse en la horda de Santiaguillo, como la mas propia para el desarrollo de sus cóleras y para la satisfaccion de sus venganzas. Envuelta la cabeza en manto negro que le caia sobre la espalda; ceñida la túnica blanca á los riñones con rojo cinturon; cubierto el pecho de figuras simbólicas que expresaban todas sus artimañas y sortilegios, iba siempre á la vanguardia, creyendo ó aparentando creer que las balas respetarian su diabólica persona y que las maldiciones lanzadas por sus fauces servirian mas á la causa del pueblo que todos los golpes y todos los disparos de las armas. Mas, el móvil principal de su campaña era el odio á los ciudadanos de Heilbron, principales causantes de su desgracia; y por eso movia las hordas mas vengativas contra la ciudad blanco de sus odios. Los de Heilbron, conociendo la terrible cólera sobre ellos condensada, trataron de concertarse con Santiaguillo, y aun lo consiguieron á pesar de que la bruja mató por su propia mano y de una puñalada al mensajero de estas concordias. Lo cierto es que entre tantas dificultades, Goetz fué definitivamente el general en jefe de los campesinos y bien puede asegurarse que desde aquel momento mandó á la ignorancia la traicion.

Lo primero que hizo Goetz fué conseguir la modificacion de los doce artículos debidos á la pluma de Tomás Munzer; y si con su nombramiento dividió materialmente, con sus modificaciones de los artículos dividió moralmente á los pobres campesinos. Sonaba, pues, la hora de oponer la liga de los señores llamada liga de Suabia á la liga de los campesinos llamada confederacion evangélica. Los nobles solamente contaban diez mil hombres de ejército, si bien habia entre ellos una caballería aguerridísima y una grande artillería; y los campesinos contaban cien mil hombres de ejército, si bien habia entre ellos grandes rivalidades, mucha indisciplina, escasísimo sentimiento de obediencia. Una vez mas se demostró en esta célebre ocasion que